

## ¿LA UNIÓN EN PELIGRO?<sup>1</sup>

«La próxima tarea que se ha de emprender» escribió Clifford Geertz en *The Anthropologist as Author*<sup>\*</sup> «es la de incrementar las posibilidades de establecer un intercambio discursivo inteligible entre personas con diferentes intereses, puntos de vista, fortuna o poder, y sin embargo, inmersos en un mundo en el que, vinculados como están, es cada vez más difícil no cruzarse en el camino del otro». Los nuevos nacionalismos forman parte tanto de dicha vinculación como de las estructuras resultantes de evasión o «identidad». Los mestizos necesitan nuevas normas. Y *todas* las naciones se están convirtiendo en mestizas, híbridas o huérfanas en el marco de la globalización.

Esta es la impresión de conjunto que produce el magnífico nuevo libro de Michael Fry, *The Union. England, Scotland and the Treaty of 1707*, que es tanto una minuciosa historia del Tratado de la Unión, con especial atención a lo ocurrido desde 1698, como un polémico argumento para su derogación y la subsiguiente reasunción de la independencia de Escocia. Y decimos «reasunción» y no «reivindicación». La aparición del libro no podría ser más oportuna. El 1 de mayo de 2007 se cumplirá el 300 aniversario del «Reino Unido de Inglaterra, Gales, Escocia e Irlanda». Esta antigua muestra de multiculturalidad ha ostentado otros títulos tales como «Bretaña» y «Gran Bretaña» por ejemplo, tratando de aparentar más unidad de la real. Parece que la opinión pública puede llegar a concebir la posibilidad de que Iraq desaparezca, dividido entre Kurdistán y uno o varios Estados musulmanes árabes. Una suerte similar puede sorprender a la titubeante Unión Británica si Escocia, Gales e Irlanda del Norte optan por dar una nueva dirección a sus «devueltas» cámaras legislativas nacionales [*devolved assemblies*<sup>\*\*</sup>] en

<sup>1</sup> Michael Fry, *The Union. England, Scotland and the Treaty of 1707*, Edimburgo, Birlinn, 2006.

<sup>\*</sup> Clifford Geertz, *The Anthropologist as Author*, Standford, 1990 [ed. cast.: *El antropólogo como autor*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1997].

<sup>\*\*</sup> Lo que se conoce como *devolution* fue el resultado de una consulta popular que se le hizo a la ciudadanía escocesa el 11 de septiembre de 1997 sobre la «devolución» del parlamento, esto es, la creación de una cámara legislativa propia. El resultado fue afirmativo. Como consecuencia de esta respuesta popular, el parlamento británico aprobó la Ley de Escocia de 1998, por la que se creaba un parlamento escocés y un gobierno escocés; véase «Referéndum escocés de 1997», Wikipedia, [http://es.wikipedia.org/w/index.php?title=Refer%C3%A9ndum\\_escoc%C3%A9s\\_de\\_1997&oldid=6733142](http://es.wikipedia.org/w/index.php?title=Refer%C3%A9ndum_escoc%C3%A9s_de_1997&oldid=6733142). [*N. de la T.*]

las elecciones de mayo de 2007. En dicho caso un nuevo acrónimo, el «RUK» [*Rest of the United Kingdom*] entrará en juego. Por supuesto, representará sobre todo a Inglaterra, convertida ahora en la «Pequeña Inglaterra» más Londres, una cosmópolis con nada de pequeña fuera de Westminster y el Palacio de Buckingham.

Hace aproximadamente veinte años Eric Hobsbawm, molesto por mis relaciones con lo que en aquella época parecía la causa perdida del nacionalismo escocés, me recordó agudamente que fueron precisamente los escoceses los que construyeron la Unión Británica en los siglos XVIII y XIX. Con eso me insinuaba que retirarse del Reino Unido constituía un retroceso, y que tenía más sentido apostar por su reforma. Al margen del sentir actual sobre dicha receta política, el criterio histórico de Hobsbawm era sin duda certero. Aunque el Reino Británico aún un número sorprendente de países y culturas, desde Gales hasta las micro naciones de la Isla de Man o las Islas del Canal, su columna vertebral sigue siendo el vínculo con Escocia. Esta relación, por su parte, descansa formalmente en un objeto. No se trata de una idea, de un código sagrado o de un emblema, ni tampoco de lo que los sociólogos llaman un «hábitus». Se trata de un fajo de papeles.

Recuerdo muy bien la primera vez que vi el Tratado durante la vista de un juicio celebrado en la década de 1980 acerca de las protestas de Escocia contra el impuesto de capitación\* de la señora Thatcher. Algunos abogados escoceses mantenían que un impuesto per cápita podría ser incompatible con el Tratado de la Unión de 1707 y, por lo tanto, ilegal a tenor del derecho escocés. Ante tal tesitura, el juez que presidía la vista decidió, irritado, que era necesaria una copia del Tratado y envió a un empleado a hacer una fotocopia a los archivos de la Biblioteca Signet. Pasaron algunas horas antes de que volviese con un puñado de papeles, que por otra parte representan lo más similar a una constitución escrita que ha tenido nunca el Estado británico. Unos pocos días después se dictó sentencia: no existía ninguna base legal para pensar que el impuesto de capitación fuera incompatible con ninguna de las cláusulas del Tratado y, por lo tanto, los escoceses tendrían que acatarlo. El Tratado no les había salvado. Esas mismas viejas y miserables hojas fueron incluidas, sin modificaciones, en la legislación de Blair sobre la devolución de competencias. Sin embargo, iban a seguir frustrando al restablecido Parlamento escocés, exactamente igual que 292 años antes.

A este y a otros muchos disparates consigue darles cierto sentido la amplia perspectiva sobre el asunto que ofrece *The Union*. El estudio detallado efec-

---

\* Un impuesto de capitación es un impuesto que impone como gravamen una cantidad fija por individuo (en comparación con un porcentaje de la renta que suelen imponer los impuestos personales). Tales impuestos fueron importantes fuentes de ingreso para muchos países durante el siglo XIX, siendo su uso casi inexistente en la actualidad dado su carácter regresivo y su estructura fiscalmente tosca; véase, Wikipedia, «Impuesto de capitación» [http://es.wikipedia.org/w/index.php?title=Impuesto\\_de\\_capitaci%C3%B3n&oldid=6420740](http://es.wikipedia.org/w/index.php?title=Impuesto_de_capitaci%C3%B3n&oldid=6420740). [*N. de la T.*]

tuado por Fry de los motivos que animaron la estipulación del Tratado de 1707 subraya su carácter único. No implicó ni colonización ni asimilación forzosa, según el modelo sufrido por Gales e Irlanda, sino un acuerdo internacional entre dos reinos frecuentemente enfrentados. Aunque ya habían sido unificados bajo la misma monarquía en 1603, dicha alianza se había desarrollado muy precariamente. Escocesa de origen, la dinastía Estuardo no cesó de amenazar con un retorno armado tras haber sido expulsada en dos ocasiones, en el transcurso de las guerras civiles de mediados de siglo y de nuevo en 1688. (La cuestión no se resolvió hasta cuarenta años después de la Unión parlamentaria, en la Batalla de Culloden en 1746.) En 1707 el Parlamento inglés de la Reina Anne solicitó una reforma política más profunda, y propuso como solución una única asamblea situada (por supuesto) en Londres y que apoyase a la nueva monarquía protestante, precursora de la dinastía Windsor. Su esperanza era instituir una clase dominante anglo-escocesa más cohesionada, que fuera fácilmente dominada por la aristocracia inglesa. En aquella época, la pobre y poco populosa Escocia, representaba sólo una pequeña parte de la población de la isla, y disponía de todavía menos recursos.

La nueva urgencia de Londres se vio alimentada por los problemas internacionales. Un imperio colonial en expansión ya no podía tolerar la disidencia en su propia isla, y mucho menos si ésta procedía de un régimen que demostraba alarmantes signos de desear sus propias colonias y política exterior. Escocia se había aliado a menudo con Francia, la gran potencia dominante de la época y el mayor competidor de Inglaterra. Los Estuardo estaban exiliados en Francia y contaban con el apoyo diplomático y militar de Luis XIV. Al mismo tiempo, la situación de la economía escocesa era en aquel momento paupérrima. Nadie sabrá nunca qué porcentaje de población murió de hambre en la terrible década de 1690, un periodo al que Fry dedica una enorme y merecida atención. En estas circunstancias, la elite política de Edimburgo ideó un ambicioso plan: iniciar una empresa colonial por su cuenta y ocupar el istmo de Darien (actual Panamá).

Un contraataque conjunto por parte de Inglaterra y España frustró la empresa en 1698-1699 al tiempo que, tal y como relata Fry, puso de manifiesto la necesidad que Londres tenía de cerrar la «puerta de atrás» que suponía el norte. Tras la asimilación de Gales e Irlanda, se hizo necesario encontrar una solución alternativa para los escoceses. En términos contemporáneos, para lograr una situación de «seguridad» resultaba más apropiado un acuerdo político que enfrentar los peligros que implican la ocupación y la represión. Los ingleses eran conscientes de que podían vencer a los formidables ejércitos de los clanes escoceses. Ya lo habían hecho en la época de Cromwell a un alto coste; hoy en día quizá comparable a los ataques recientes contra Afganistán. Sin embargo, una solución mucho más apropiada era sobornar a la aristocracia del norte y a los señores de la guerra (incluida una cierta compensación por su humillación en Darien).

*The Union* es una narración actualizada de aquél momento histórico, animada por la apasionada implicación política del historiador con el país que

emergió. (Fry ha descrito en un ensayo publicado en el número 129 de la revista *Prospect* en diciembre de 2006 su transición de candidato a favor de un Parlamento escocés propio desde las filas del partido conservador—se unió al partido Tory en 1966— hasta el nacionalismo escocés.) Tales preferencias no desdibujan la conclusión del autor, según la cual la fase que comenzó con la creación del Parlamento escocés es sumariamente condenada como «un resultado erróneo» que ha ignorado «los problemas más profundos de la nación, de la definición de su carácter y sus objetivos». El autor sugiere que «puede que no exista una solución intermedia entre el estado de la nación antes de 1603 y [...] después de 1707» de manera que hoy «estamos regresando al mismo destino ya alcanzado por la Unión, si acaso por un camino menos proceloso». La cuestión es, por lo tanto «si no deberíamos apresurarnos para retornar al lugar del que procedemos, como nación independiente».

El acuerdo de la Unión fue negociado antes de que la democracia o el nacionalismo se pareciesen en nada a su forma actual. En la temprana edad moderna no se requería aprobación popular alguna, por fortuna para las clases altas favorables al cambio. Fry disfruta al narrar la indignación de las clases populares y el movimiento cercano a la insurrección que acompañaron los debates parlamentarios de 1706-1707, y utiliza extensamente los escritos compilados por el periodista y espía inglés Daniel Defoe, conocido hoy en día por obras posteriores como *Robinson Crusoe*. Al llegar a Edimburgo, a Defoe le sorprendió

encontrar una nación que se oponía visceralmente a sus señores, y se indignaba con los *gentlemen* que administraban, vendían y traicionaban a su país, entregando su soberanía e independencia a los ingleses.

En aquella época el pavimento de Edimburgo era sumamente pobre y sus calles y callejones suministraron abundante munición a los protagonistas de aquellas formas tradicionales de protesta unidos bajo el lema «acribillemosles a pedradas». De acuerdo con Defoe si el contenido del Tratado se hubiese conocido mejor algunos parlamentarios «no se hubieran atrevido a regresar a casa sin una escolta que los protegiese».

En cualquier caso, esta asamblea predemocrática y basada en la propiedad feudal reunida entre 1706 y 1707 no debe ser de ninguna manera menospreciada, tal y como Fry subraya reiteradamente. Aunque es cierto que algunos parlamentarios vendieron sus votos, muchos se negaron a ello. Entre las filas unionistas había quien creía de corazón en su causa, y argüía que los sacrificios a corto plazo se justificarían por beneficios futuros y por la consecución de una paz duradera y una cierta estabilidad. Además, el autor argumenta que «la fuerza de las tradiciones e instituciones escocesas existentes contribuyó también a dar forma a la Unión, para bien o para mal: en 1707 se trataba de una verdadera elección, no de un producto ficticio del expansionismo inglés». Por toda Europa pequeños países y ciudades-Estado eran sometidos a presiones similares para unificarse y constituir uni-

dades mayores; un buen ejemplo de ello es Cataluña, cuya asimilación al dominio español fue en parte forzada (irónicamente) por un ejército escocés bajo el mando del duque de Berwick. Por el contrario, los escoceses fueron capaces de retener o incluso de fortalecer importantes instituciones nativas, incluyendo los sistemas legal y educativo. La rendición del Estado no supuso la de su «sociedad civil» (para utilizar un término posterior acuñado precisamente en Escocia). Y por supuesto es de nuevo la sociedad civil la que ha sobrevivido hasta el presente y la que ha reaccionado contra la guerra de Iraq y otros fracasos del Nuevo Laborismo.

La supervivencia de la nación como tal era una cosa y la supervivencia tolerable y su aceptación popular otra bastante distinta. Fry disfruta contando increíbles anécdotas acerca de los sobornos que salpicaron tanto los debates como la votación en el Parlamento escocés, que finalmente tuvo lugar el 16 de enero de 1707 (aunque formalmente no se celebró hasta el 1 de mayo). Aquel día el duque de Hamilton, una de las figuras más discutibles de la aristocracia, comentó: «finalmente el día más oscuro de la historia de Escocia ha llegado. Hemos alcanzado un punto de no retorno, y ya no nos queda nada ni de la soberanía de Escocia, ni de su honor, dignidad o nombre». Con todo, fue mucho más costoso convencer a las clases medias en auge y a los protagonistas de las revueltas populares que comprar a la elite, y de hecho el proceso se alargó durante más de medio siglo sembrado de revueltas tanto políticas como militares que duraron hasta 1746.

En realidad, no fue el Tratado de la Unión el que puso de manifiesto la discrepancia más significativa, sino el imperio. Escoceses de todas las clases sociales descubrieron que la expansión ultramarina desarrollada a finales del siglo XVIII, en primer lugar dirigida hacia América del Norte y ampliada posteriormente a muchos otros destinos, ofrecía oportunidades mucho mejores que la frustrada colonización de 1698. A un ingente y sostenido movimiento migratorio se le unió una importantísima expansión cultural, la Ilustración escocesa. Tal y como reconoce Fry, la primera fase de la Unión (desde la época de David Hume hasta 1832) «vio surgir una gloriosa cosecha intelectual que le concede a la historia escocesa una trascendencia universal que nos corresponde reclamar». La misma intelectualidad que renunció a su propio Estado trató de imaginar un reino universal de progreso, liberado de fronteras y de restricciones heredadas. Una de las partes más elocuentes del capítulo 7 del libro de Fry, «Bonitas palabras. Tras la Unión», es un argumento del padre de Adam Smith, el «interventor de Kirkcaldy», en Fife, para quien «la Unión resultó ser bastante desastrosa». No obstante, Adam Smith, hijo, reaccionó ante la presión que ejercía la Inspección de Aduanas elaborando una teoría sobre un mundo sin aranceles: *La riqueza de las naciones* (1776).

En contra de otras visiones más convencionales, es prácticamente indudable que los escoceses encabezaron la emigración europea en los siglos XIX y XX, fenómeno que Fry aborda con detenimiento en su obra publicada en

2002, *The Scottish Empire*<sup>\*</sup>. Los emigrantes procedían mayoritariamente de las tierras bajas rurales, de pequeños núcleos urbanos y de ciudades, y no de otras zonas más tradicionales donde primaba la cultura de los clanes y que poseían una agricultura menos desarrollada, tal y como ocurrió en Noruega e Irlanda tras la hambruna de la patata del siglo XIX. Esta emigración masiva procedía de todas las regiones y clases sociales, y no se detuvo en dos siglos. El efecto global de una emigración tan cuantiosa y duradera en el tiempo fue la constitución de una especie de «sociedad hemorrágica» en el país de origen, una nación reconfigurada por la emigración más que únicamente afectada por aquélla. Los beneficios sin duda obtenidos por tantísimas personas deben tenerse en cuenta frente a la ingente y decisiva pérdida para la comunidad consecuencia del fenómeno migratorio, llorada por autores posteriores como Edwin Muir, que en 1935 se lamentaba al contemplar un país «poco a poco vaciado de su población, espíritu, riqueza, industria, arte, intelecto y carácter consustancial». Las mitologías del nacionalismo son de sobra conocidas; sin embargo, deberían ser confrontadas más frecuentemente con las de la migración y el internacionalismo, procesos todavía más embriagadores que raramente se paran a medir las consecuencias de la cara oculta del proceso que ensalzan.

Se trata, después de todo, de esa otra cara de la moneda que explica parcialmente lo tardío del surgimiento del nacionalismo político escocés, que pretende analizar la obra de Fry. Durante mucho tiempo, el emprendedor espíritu de la sociedad que sucede a la Unión fue cautivado por un impulso hacia el exterior que contó con el tiempo suficiente como para llegar a convertirse en una tradición y simular formar parte desde entonces del «carácter innato» escocés. No fue únicamente la ausencia de ocupación militar o de represión policial lo que hace diferente a la Escocia posterior a 1707. Aunque ello fue realmente importante, si por ejemplo se compara la situación escocesa con la irlandesa, igualmente lo fue el sentido positivo de la contribución y los logros a gran escala hechos posibles por el imperialismo. *The Union* describe las iniquidades nacionales que acompañaron la firma del Tratado; no obstante, el autor considera que éstas fueron eclipsadas por las mayores y mucho mejor estructuradas oportunidades de las que gozó una generación tras otra hasta una época bien reciente. Por su parte, el predominio de las diversas y exitosas sagas de los emigrantes, impulsó el desarrollo de una mentalidad profundamente conservadora. La inversión de energía en el proceso por parte de todas las clases sociales hacía casi impensable la posibilidad de alterar el curso de las cosas y de actuar en contra del acuerdo de la Unión de 1707.

Cierto, el imperio se fue reduciendo hasta convertirse en una *Commonwealth* casi carente de sentido que es hoy en día un entorno más deportivo que político. Sin embargo, el paulatino repliegue tanto de las actitudes imperialistas como de un cierto sentido de la «grandeza», fue un lento pro-

---

<sup>\*</sup> Michael Fry, *The Scottish Empire*, Edimburgo, Birlinn, 2001.

ceso que después de la retirada de India en 1948 se plasmó en una serie de pequeñas desgracias y humillaciones. Estas generaron más un proceso depresivo que un deseo de ruptura, en coherencia con la típica combinación inglesa entre melancolía y resignación irónica, expresada excelentemente en la poesía de posguerra de Philip Larkin. Las derrotas no eran lo suficientemente terribles o significativas como para forzar una revuelta: todo el mundo soportaba la decadencia, incluidos los escoceses. Este escenario de «declive» no era de ninguna manera comparable con la maldición caída sobre Francia en 1940, sobre los vencidos de la Segunda Guerra Mundial o sobre los dominios soviéticos en la década de 1980. Al contumaz conservadurismo general siempre le cabía la posibilidad de presentar tal retirada como no irreversible; en todo caso, fue compensada con una cierta prosperidad material, así como con una vaga esperanza de redención. La cohabitación en el seno de la Unión no era una opción social demasiado atractiva, lo que tras la Primera Guerra Mundial se vio reflejado en el resurgir del nacionalismo en Gales y Escocia. Sin embargo, daba la impresión de que nunca le sucedería nada desastroso o perentorio.

Y de hecho no sucedió, al menos hasta ahora. El orden que analiza el libro de Fry es el que está colapsando en estos momentos. Cada día que pasa algún signo visible lo demuestra. El 12 de enero de 2007 *The Daily Mail* (del que se rumorea que es la lectura matinal favorita del presidente Blair) salió a la calle con el siguiente titular: «La Unión en peligro. La mayoría de los escoceses ven la independencia como inevitable». Aún más sorprendente que éste era el segundo titular, que subrayaba cómo la mayor parte de la opinión pública inglesa estaría de acuerdo con ellos: «más de la mitad», de acuerdo con la encuesta efectuada. En cuanto a la esperanza de vida del Reino Unido, se le auguraban, con suerte o con cierta prevaricación, unos cinco años. El editorial del diario apoyaba el lúgubre pronóstico con una compilación de clichés trasnochados sobre asuntos varios como la «pérdida de influencia» en su entorno, así como sobre el puesto en el Consejo de Seguridad, el menosprecio del orgulloso linaje o el llamado «vandalismo constitucional». Ante este panorama, casi es posible imaginarnos a los autores del artículo en el cuarto de calderas de la Inglaterra conservadora y bienpensante, esforzándose denodadamente por aumentar la potencia de su motor.

Pero esto no son sino palabras vacías. Aunque la derrota en Oriente Próximo haya sido el detonante, debe recordarse que ha sucedido precisamente en un momento en el que otros recursos han terminado fracasando o decepcionando. A la época de Thatcher siguió la de Blair; en veinticinco años ni la derecha ni la izquierda del espectro político británico han logrado recobrar la distinción o la dominación de épocas anteriores, ni rescatar el viejo sentido y la autoconfianza de la que «lo británico» solía depender. Sorprendentemente, Gordon Brown, que en la actualidad se prepara para acceder al puesto de primer ministro, lanzó una campaña sin precedentes para potenciar no sólo el Nuevo Laborismo sino también la *identidad británica como tal* en una conferencia fabiana en enero de

2006. Si se convirtiese en primer ministro, el movimiento «Salvemos Gran Bretaña» amenaza con un despliegue de banderas de la restaurada Unión izadas en los jardines ingleses al más puro estilo estadounidense; el «día de Gran Bretaña» sucedería pronto al antiguo «Día del Imperio». Sin embargo, caben serias dudas de que, como parece creer Brown, «lo británico» a la antigua usanza pueda ser resucitado.

Desde 1979 hasta la actualidad, la política exterior ha cobrado una creciente importancia para Londres al hilo de la Guerra de las Malvinas, el prolongado (e irresoluto) debate sobre la Unión Europea, y la crisis de los Balcanes en el seno de la OTAN, y del avance de la globalización. El estatus y la presencia global han demostrado ser más importantes para la identidad británica que el Estado del bienestar posterior a la guerra, o las convenciones del legalismo liberal. A la postre, han sido ciertas obsesiones y errores en política exterior las que han arrastrado al Estado hasta el abismo presente. La temida subordinación con respecto a Europa se ha convertido en una sumisión ciega al neoconservadurismo estadounidense de George W. Bush, y ha condenado al ejército del Reino Unido (con su amplio contingente escocés) a la sangría en Iraq, y a la desesperación en Afganistán.

Sin embargo, aproximadamente en el mismo periodo la globalización ha modificado muchas cosas de muy diferentes maneras. Una profunda transformación en los puntos de vista ha animado las diversas aspiraciones de cambio y renovación, que se hallan en opinión de Geertz «trabadas por infinitos nexos» al igual que lo están desde las grandes potencias a los «pobres diablos». A pesar de todos los escollos que sin duda presenta, este mundo pone en evidencia que es auténticamente amplio y expansivo; e inclinado, por lo tanto, a encontrar su eco en una cultura como la escocesa. De alguna manera la sociedad escocesa puede haberse comprometido excesivamente con los flujos y cambios identitarios, en una tradición casi patológicamente abierta de hacia el exterior. Sin embargo, la misma inclinación podría haberse adaptado a la nueva perspectiva totalizadora y a las creencias tanto seculares como religiosas que la acompañan. La globalidad es una sucesora desconcertante del imperialismo decadente. Sin embargo, por mucho que la primera deba distanciarse del segundo, es fundamental que no se corte la línea de continuidad entre ambos.

La postura del Reino Unido tanto bajo el gobierno de Thatcher como bajo el de Blair ha sido la de líder de un imperio global sin reformar, basado en la conclusión de la Guerra Fría. La intervención en Iraq debería haber representado una victoria en el marco de ese posible nuevo orden mundial liderado por Estados Unidos. Sin embargo, se ha convertido en un infame y sangriento fiasco del viejo, en el cual Gran Bretaña ha caído en una vil combinación de apologista quejumbroso y guardia de campo. ¿Podría algún contraste ser aún mayor, así como menos controlable en sus repercusiones? En el antiguo sistema británico de bipartidismo, tanto *torries* como laboristas apoyaron la aventura neoimperial de Estados Unidos;

sin embargo, no imaginaron que el fracaso podría llegar a imponer tensiones intolerables, no sólo sobre los altos cargos, sino sobre el solemne sistema cuyo eje se fundamenta en el Tratado de la Unión de 1707.

El libro de Fry interviene en un debate en curso acerca de la identidad británica y su legado en el que participan las obras de Linda Colley *Britons, Forging the Nation*, la de Thomas Smout *History of the Scottish People*, la de Neal Ascherson *Stone Voices* y la de Christopher Harvie *Mending Scotland*\*. No obstante, al menos en Escocia parece como si el instinto y la respuesta popular estuviesen superando de modo natural esas «contiendas históricas». He citado más arriba la pregunta con la que concluye Fry, con respecto a la necesidad de «apresurarse» para recuperar la independencia; las respuestas no se han hecho esperar y quedan reflejadas en sucesivas encuestas de opinión. En noviembre de 2006, *The Scotsman* publicó un estudio, que demostraba que existía

una clara mayoría de escoceses a favor de la independencia, que ilustra una significativa tendencia desde el Laborismo hacia el Partido Nacionalista Escocés. La encuesta de opinión de la empresa de estudios ICM publicada por *The Scotsman* muestra como el 51 por 100 de los encuestados estarían a favor de la independencia plena, y sólo el 39 por 100 estarían en contra, lo que supondría el nivel más alto de apoyo al separatismo en los últimos ocho años. La encuesta prevé asimismo mejores resultados para el Partido Nacionalista Escocés en las próximas elecciones al Parlamento de Escocia que le conducirían a obtener suficientes escaños como para formar el primer gobierno dirigidos por nacionalistas de Gran Bretaña.

En el periodo previo a las elecciones de mayo de 2007 en los parlamentos «devueltos» de Escocia y Gales (dos días después del 300 aniversario de la Unión en el caso escocés), y con lo peor de la guerra de Iraq todavía por llegar, hay una mayoría que espera con anhelo la llegada de la independencia. Al igual que en consultas similares, tan sólo una parte de la mayoría emergente es fiel votante del Partido Nacionalista Escocés, aunque hay que decir que su apoyo está creciendo gradualmente y superando su 25 por 100 habitual. En otras palabras, existe un amplio movimiento que incluye a los liberal-demócratas, los verdes, los socialistas y a muchos laboristas de base, que seguramente se convertirá en aliado de los nacionalistas el año que viene. El libro de Fry aboga en realidad por que el conservadurismo escocés reformado se una a dicho movimiento, y se asegure así una plataforma para el avance democrático independiente.

Por muy peculiares que vayan a ser, las elecciones que tendrán lugar en el marco del tercer centenario serán en sí mismas un subproducto de las reformas constitucionales poco entusiastas del Nuevo Laborismo tras su

---

\* Linda Colley, *Britons, Forging the Nation*, Bath, The Bath Press, 1992; Thomas Smout, *History of the Scottish People*, Glasgow, Collins, 1969; Neal Ascherson, *Stone Voices*, Nueva York, Hill and Wang, 2003; Christopher Harvie *Mending Scotland*, Argyll, Argyll Publishing, 2004.

regreso al gobierno en 1997. En aquel momento, la creciente presión autonomista en las filas del laborismo escocés y galés hizo necesario llevar a cabo con cautela un experimento con las normas que regulaban la descentralización política. Se daba por sentado que un sistema electoral semiproportional era el más adecuado para los parlamentos devueltos. La mitología británica continuaba inquebrantable en el convencimiento de que los sistemas electorales proporcionales no son sino recetas para la anarquía democrática y la incompetencia, lo opuesto a la soberanía, la estable y supuestamente omnipotente autoridad tan querida por el sistema de 1688. De este modo, un plan cuidadosamente diseñado podría mantener ocupadas a las minorías descontentas, y al tiempo atenuar la posibilidad de un poder nacionalista real.

En realidad, lo que esto provocó fue cierta holgura a partir de la cual las nuevas ideas pudieron encontrar su camino hasta la opinión pública escocesa y galesa, y finalmente hasta el gobierno regional. La actuación de estos poderes se ve entorpecida y contrapesada, naturalmente, por el enorme fortalecimiento de una norma central cada vez más autoritaria. Aunque parezca contradictorio en realidad no lo es: el reforzamiento de la norma ha sido un objetivo de la estrategia de devolución desde el principio; es lo que Fry denomina un «régimen de subordinación provincial». En ese sentido, la política de devolución de competencias desde el gobierno central puede también ser interpretada como otra versión de modelos históricos anteriores tales como el imperio soviético de 1946 a 1989: danzas regionales como vacuna contra la independencia política (y capacidad de disenso).

Para aquéllos que abogan por una reforma constitucional, los horizontes radicales de 1998 se han ido viniendo abajo. En 2005 la magia de Westminster devolvió al Nuevo Laborismo al gobierno con una «amplia mayoría» basada en menos del 22 por 100 del electorado. El Nuevo Laborismo devolvió el favor dejando claro que no tenía ninguna intención de reformar el sistema que les «había venido tan bien». En 1997, por ejemplo, la extemporánea Cámara de los Lores iba a ser transformada en una segunda cámara semidemocrática y elegible; una década más tarde, la reforma de esta institución que supone en sí misma una afrenta a la democracia sigue sin llegar. La única diferencia sustancial es que por ahora nadie espera que ocurra nada mejor ni se toma el menor interés en la farsa que representa. La parálisis de Blair en este tema le ha llevado incluso a tener que declarar ante la policía acerca de la compraventa de títulos nobiliarios. Este modelo de «modernización» ha generado en el Reino Unido un clima reconocible en muchos otros lugares del mundo neoliberal: desdén generalizado y desilusión ante la política y los políticos, y una creciente angustia que se interroga sobre lo que el país *significa* en un mundo-red que se reduce y en el que de algún modo la identidad es más, y no menos, importante.

Frente a este panorama, cada vez más escoceses de toda laya y condición no perciben más alternativa que la reasunción de la independencia. No

se trata de «reclamarla» como cualquier otra ex colonia, sino (tal y como Fry describe la situación) de volver a una normalidad largamente pospuesta mediante la renuncia al Tratado de la Unión. En 1998, durante la sesión de apertura del Parlamento escocés, su primer presidente, Winifred Ewing, declaró que se reanudaban los trabajos de una asamblea derogada *sine die* en 1707, preparada desde ahora para continuar con su labor. Contra todo pronóstico, el gran día había llegado y la nación seguía allí. La afirmación de su existencia había sido a menudo ridiculizada en la época por su remoto romanticismo y su alejamiento de la realidad. Nueve años después, podemos comprobar cómo Ewing sólo estaba levemente adelantado a su tiempo.

El pistoletazo de salida había sonado, y no sólo para los medios de comunicación o la elite a la espera. Fuera como fuese (otros historiadores darán cuenta de ello), aquel espíritu pareció alcanzar y perturbar cada oscuro, extraño y mudo rincón de esta peculiar, relativamente acomodada y hasta cierto punto desaventajada sociedad: «desarrollada», pero con una seria falta de voluntad comunitaria y confianza en sí misma, fruto del proceso iniciado con la Unión. Tal y como argumenta Fry, no parece que el proceso de recuperación vaya a llegar a su fin. En otras palabras, la independencia escocesa es algo más que un «déficit democrático». La historia del país, y un descontento con unas raíces muy concretas llevan a muchos a entender que un cierto *nacionalismo* democrático es la única forma de seguir adelante.

Pero *The Union* omite, o al menos trata muy por encima, algunos temas de importancia. A pesar de todos sus méritos, no deja de ser la obra de un conservador profundamente insatisfecho. Más en concreto, expresa un inusual anarco-conservadurismo: esto es, un radicalismo de derechas más que de izquierdas, pero con deficiencias similares. El punto fuerte de Fry es la impaciencia cáustica con los compromisos, las medidas llevadas a cabo solamente a medias, la corrección, y la rigidez institucional. Aunque resulte divertido y liberador, esta perspectiva le lleva a subestimar la importancia que han tenido en la formación del nacionalismo escocés actual los subterfugios y los poco sistemáticos cambios políticos.

Tras el éxito del Partido Nacionalista Escocés en la década de 1970, en 1979 y bajo el gobierno laborista de James Callaghan se celebró el primer referéndum sobre la posibilidad de creación de una cámara legislativa propia en Escocia. En la consulta venció el «no», y fue sucedida por dieciocho años de conservadurismo thatcherista. Pero a lo largo de esos años, ciertos colectivos mantuvieron viva la llama del conflicto, y como resultado una convención constitucional de centro izquierda pergeñó un modelo de autogobierno supuestamente diferente tanto al régimen unionista como a la separación total. El apoyo y el respeto a la iniciativa se plasmaron al ser recogidos sus resultados en la Ley sobre Escocia del gobierno de Blair debatida en 1997-1998. Los propios escoceses hicieron el trabajo que posibilitó la devolución de sus competencias; y aunque se había probado insu-

ficiente, el proceso constituyó los cimientos sobre los que se basó el parlamento actual. No fue sólo «un resultado imperfecto [...] vestido de cuadros escoceses con ningún horizonte» tal y como Fry lo describe, en el que se «perdió el tiempo y el dinero en asuntos triviales, y en esfuerzos de microgestión de lo privado».

El autor mantiene que puede que no exista «una solución intermedia» entre la región y la nación. Posiblemente sea cierto; no obstante una solución intermedia insatisfactoria puede preparar el camino para algo mejor. La clase política emergente ya no está constituida por «mediocres», como describe Fry a los parlamentarios de 1706-1707. Y su propia existencia ha inyectado algo de confianza en una nación confinada durante tres siglos a la «baja política» de lo local. Aquí, el radicalismo de derechas de Fry parece casi tan miope como el de los izquierdistas que tan a menudo (y con razón) ha criticado. A pesar de todo, sigue teniendo confianza en el surgimiento de un conservadurismo escocés diferente, que será un elemento más en pro de la independencia, pero hay que considerar que éste se desarrollará gradualmente, y que implicará tanto alianzas como desencuentros con otros movimientos de la izquierda y el centro escoceses.

Encontramos otra flagrante ausencia en *The Union*: la «etnicidad». El término se ha convertido en ineludible, en un momento de resurgir tanto del nacionalismo como del conflicto. A pesar de su novedad (fue acuñado en la década de 1960), el término «étnico» se aplica hoy en día de modo rutinario tanto para el separatismo como para las minorías: pertenecer a la «etnia albana» o a la «etnia kurda» se ha convertido en un elemento indispensable para descifrar sus respectivas problemáticas, al tiempo que el multiculturalismo ronda todo lenguaje de la metrópoli. Para los escoceses es aún más significativo: como ya he dicho antes, se han convertido en una nación de emigrantes que habitan un mundo configurado por dichos estereotipos. Una respuesta ha sido la adopción generalizada de lo que Tom Devine, autor de *The Scottish Nation*\* (1999) llama «*highlandismo*»: un excepcionalmente visible escarpate de tela escocesa, música de gaita, danzas regionales y culto a Robert Burns. Como muchos otros, Fry puede despreciar esta mitomanía étnica, pero quizá debería haberle dedicado más atención en un trabajo tan centrado en el significado de los acontecimientos de 1707 para el presente (y futuro inmediato).

Es de crucial importancia reparar en las importantes discrepancias existentes en Escocia tanto en el ámbito de la historia como en el de la política contemporánea, sobre casi todo lo que dicha mitología implica. No hay una única ni mayoritaria «etnicidad» en los escoceses: es imposible llegar hasta el origen de la nación, que a través del tiempo ha sido unificada en mayor medida por las instituciones o el Estado que por el idioma, las costumbres o la cultura. En las conclusiones de su obra *Scottish Nationality*\*\* (2001), Mu-

\* Tom Devine, *The Scottish Nation*, Londres, Penguin Books, 2000.

\*\* Murray Pittock, *Scottish Nationality*, Nueva York, Palgrave, 2001.

rray Pittock destaca que es precisamente descifrar la complejidad, la dificultosa tarea central de cualquiera que trabaje en este campo, a menudo contra las presiones de los medios de comunicación de Londres. En noviembre de 2006, *The Economist* publicó una viñeta que representaba a Gordon Brown, bailando vestido con un kilt y con una espada típica escocesa a sus pies. Tal y como observa Pittock,

Las viñetas de los diarios *The Times* o *Guardian* siguen representando a la nación escocesa con una espada típica y un pobre atuendo de jacobita, al igual que en las caricaturas de hace doscientos cincuenta años. Ambos elementos se retroalimentan: el orgullo de la elite local se identifica como petulancia provinciana por parte de la metrópoli, que como consecuencia no ve ninguna razón para alterar su perspectiva.

Es bien sabido en Escocia que todo movimiento que pretenda una reasunción de la independencia será tratado desde esta óptica abusiva: mentalidad pueblerina, sed de sangre, primacía del instinto sobre la razón, «etnicidad» etc. La semana pasada Lisa Vickers, la cónsul de Estados Unidos en Escocia, contribuyó a este acto reflejo cuando anunció que los estadounidenses nunca abandonarían a Inglaterra-Bretaña. Esta misma hostilidad se expresa habitualmente como miedo a una posible Bosnia del Mar del Norte, o como una equivocada oposición al saludable modelo de globalización que representa el Presidente Bush o el Nuevo Laborismo de Blair. Precisamente de esto trata la «grandeza», sea en Washington DC, entre sus simpatizantes del Parlamento británico o en cualquier otro lugar. La «etnicidad» es, en contraste, un concepto inherentemente estrecho, una traición al progreso: una mortal amenaza al presente, una desesperanzada vuelta al pasado, o preferiblemente ambas. La globalización está hecha para los grandes no para tontos ni nostálgicos de lo étnico. Su G8 no tiene nada que ver con los habitantes de Papúa Occidental, los kurdos, los chechenos, los escoceses, la etnia karen de Birmania, los tibetanos, los galeses, los quebequeses, los musulmanes excluidos, los vascos, los montenegrinos y todos los demás.

Es cierto que existe entre los escoceses una actitud bastante extendida y a menudo desagradable: su espíritu anti-inglés, que poco tiene que ver con la etnicidad de libro de texto o con la herencia de sangre. Se trata, en realidad, de un espíritu antibritánico: algo parecido a las actitudes anti-Estados Unidos, una especie de resentimiento contra el poder estatal soberbio y su supuesta superioridad. Aunque Fry refleja numerosos ejemplos de la mentalidad que funcionaba en 1706-1707 y sitúa correctamente la extraña historia de la Unión en el marco más amplio de la historia europea, aporta poco sobre la concreta historia de Inglaterra. La ausencia es más notoria debido a la relevancia contemporánea del libro. El autor revela su propia conversión al nacionalismo escocés, pero no aclara nada acerca del nacionalismo inglés con el que está destinado a enfrentarse. Sin embargo, *The Union* expone como la asunción de la arraigada universalidad de Inglaterra (ya en el siglo XVIII considerada «antigua») dominó las negociacio-

nes de hace tres siglos. Incluso antes de que asumiese su existencia formal, «Gran Bretaña» pasó a significar «Anglo-Bretaña», una sociedad imperial abierta que todos los demás estaban obligados a aceptar e incluso a celebrar. Tal liderazgo no se amparó en la fuerza bruta, sino en la llamada «hegemonía».

Después de todo, ¿qué mal puede haber en que una gran potencia nos conduzca por el camino de la civilización, por senderos que todos, antes o después, deberán imitar y seguir? El papel hegemónico, o la «carga» soportada por el Reino Unido podría haber confluído con la de Estados Unidos, tal y como la cónsul Vickers recuerda a los impacientes escoceses. Pero la esencia de Inglaterra seguirá siendo la verdadera, como si el protestantismo de los primeros britanos se hubiera convertido en el neoliberalismo de la victoria posterior a 1989. Los nuevos tiempos, sin embargo, reclaman un acercamiento diferente, que empieza con la emancipación del paleoimperialismo noratlántico de Bush y Blair. Del mismo modo que el libre comercio fue imposible sin todo un abanico de barreras y formas diversas de protección, de la misma manera la globalización sólo funciona mediante nuevos modelos de nacionalismo y de conservación de la identidad. Creo que los escoceses saben tanto, si no más, sobre la mentalidad «centrífuga». Y deben estar más alerta a sus riesgos y tentaciones. ¿Por qué la escena contemporánea está dominada por una creciente lista de combativas reivindicaciones nacionalistas e irredentistas y de preocupaciones acerca de la identidad? Aunque la corrección neoliberal los deja de lado al considerarlas caducas, desde el momento en que también la toma de conciencia es parte de la globalización, estas reliquias no pueden evitar desarrollarse, si cabe de modo más consciente, de su difícil situación. Y una «reliquia» consciente de sí misma es un dilema para el nacionalismo. Hasta ahora la abrasadora lente iraquí ha generado o concentrado tres de ellas. Las nacionalidades movilizadas no se sometieron a las órdenes que les venían de arriba en el siglo xx y seguramente lo harán aún menos en el siglo xxi. Visto de ese modo, la situación de Escocia es más típica que excepcional, y el cambio de actitud de Inglaterra sin duda llegará, siendo este movimiento «centrípeto» sólo una parte de este proceso, necesario en cualquier caso.

No obstante, los observadores externos se preguntan si no puede existir *alguna* posición intermedia o de compromiso posible entre nacionalidades que han estado unificadas durante un periodo de tiempo tan dilatado y que han compartido tanto, incluso con todas las deficiencias de la Unión. Por ejemplo, una política federal o confederal británica, en la que Inglaterra, Escocia, Gales, una parte de Irlanda, y los microEstados, obtengan una igualdad de estatus y compartan reglas y normas comunes, participando en una representación compartida cuando sea conveniente. Tal y como están las cosas a fecha de hoy, la respuesta es «no». Aunque dicha fórmula es fácil de imaginar, en la práctica es difícil de sostener en el tiempo debido a un factor: «Inglaterra», que sería el bloque más extenso de un Estado de este tipo, no tiene ni una identidad ni unas instituciones políticas separadas, y está tan fusionada con la desacreditada Bretaña que pocos serían capaces

de diferenciarla de ésta; si lo hicieran, sería sólo como resto de una desmantelada y disminuida «pequeña Inglaterra». El «Consejo de las Islas» del Nuevo Laborismo desapareció a los pocos meses, cuando se hizo evidente que nunca funcionaría sin una reforma más seria del aparato central de poder, incluido su sistema electoral. En la práctica, la única alternativa que permite poder apartarse de «lo británico» es la independencia sin dobleces, la separación, o en el caso de los escoceses, la vuelta al Estado-nación.

La medida es despreciada por los cónsules y los líderes anglo-estadounidenses y calificada con adjetivos como «radical», extremista y otros similares; sin embargo estos calificativos no son en realidad sino parte de una retórica interesada. Para cualquiera que como yo siga los acontecimientos desde hace tiempo y vuelva a ellos de cuando en cuando, hay algo mucho más llamativo en todo esto, algo que sólo puedo describir como una creciente naturalidad. Desde la década de 1960 hasta la década de 1990, la mayor parte del debate sobre el nacionalismo se basó en continuos ataques y recriminaciones, henchidos de una pasión que difícilmente podría haber sido más intensa, sobre todo desde el lado de un amenazado sentido de «lo británico». En Escocia, esto condujo a odios institucionales y contiendas a modo de venganzas entre los nacionalistas del Partido Nacionalista Escocés y los leales al laborismo británico. En este momento, sin embargo, uno se encuentra con una relativa serenidad e incluso con un cierto grado de resignación. Los argumentos a favor y en contra son hoy en día (lo que en la práctica significa casi a diario) enumerados y contrastados con bastante equidad, en un ambiente en ocasiones tenso o enconado, pero bastante libre de las recriminaciones explosivas y de las condenas de hace una década.

La pasión de «lo británico» ha perdido todo su peso y sustancia, excepto en los sermones de Gordon Brown o en los tensos intentos liberales de promover un patriotismo cívico supuestamente inherente a dicho espíritu. Como consecuencia, existe una verdadera apertura, mucho más favorable a la independencia. Por todo ello el electorado escocés católico (que supone en torno al 17 o 18 por 100, y que es, por lo tanto, la mayor minoría cultural escocesa) ha optado por el voto nacionalista, y por supuesto, es también la razón por la que el cardenal O'Brien parece reconciliado con la independencia «antes de que fuera demasiado tarde», tal y como publicó *The Scotsman* en octubre de 2006. Es también el motivo por el que (tal y como sugiere Fry tanto en *The Union* como en el artículo de *Prospect*) los conservadores se encuentran en una situación análoga. Pocos apuestan por que Gran Bretaña resurja como el ave fénix en las próximas elecciones generales del Reino Unido, pero nadie espera que el *neotorysmo* de Cameron no se haga con la victoria en Inglaterra.

El libro de Fry nos recuerda un incidente particularmente revelador de la historia escocesa reciente. En diciembre de 1992, cuando los jefes de gobierno del Consejo Europeo se reunían en Edimburgo, tuvo lugar una gran manifestación en el parque Meadows, situado en el centro de la ciudad. El objetivo de la misma era recordar a los delegados que en la asamblea faltaba

una nación que quería ser de nuevo escuchada. Entre los árboles se aparcó un autobús de dos pisos y techo descubierta que se utilizó como plataforma, y desde allí el novelista William McIlvanney pronunció un discurso memorable. Neal Ascherson lo recuerda en su crónica en *Stone Voices*<sup>2</sup>:

Y entonces, en un tono de enorme orgullo, dijo: «Estamos aquí como refugiados en la capital de nuestro propio país. Tenemos casi setecientos años, y todavía estamos pensando qué queremos ser de mayores. Escocia se halla en una situación intolerable a la que nunca debemos acostumbrarnos, ¡nunca! El ser escocés no es ningún pedigrí. *¡Es una tradición mestiza!*». Ante estas palabras, por razones que quizás ni él ni ellos entendieron, la multitud rompió en gritos y aplausos que siguieron durante largo rato. Lo que nos queda de aquellos momentos en el Parque Meadows es la proclamación de una Escocia mestiza, y la alegría que aquellas palabras desataron.

Yo estuve presente en aquella manifestación, y recuerdo muy bien lo que sentí. Es verdad que nadie entendió muy bien aquella emoción que nos estremeció en el parque. Pero ello se debió a que McIlvanney había tocado algo mucho más profundo que los términos y aspiraciones conscientes que habían hecho que la multitud se reuniese, y que constituían el discurso oficial del día. Había entrado en un terreno sin dueño, y había dado la palabra a una banda de mestizos rechazando la idea del pedigrí o de linaje (o de etnicidad). Habló para la gente del campo, de la montaña, de ninguna parte o de alguna, con barro en los zapatos o con la lluvia golpeándoles la cara, pero eso sí, con una suerte de compromiso en sus corazones.

Todo esto ocurrió tan sólo tres años después de la caída del muro de Berlín, cuando la globalización estaba aún en pañales. Pero visto retrospectivamente, ¿no se estaba fraguando algo distinto, lejos de los cánticos oficiales al libre comercio y a la desregulación? El mestizaje supone lo contrario de las viejas y uniformes identidades del Estado y la nación. En el contexto de Escocia, es curioso el matiz positivo que se le da a aquello de lo que precisamente se carece desde 1707: «confianza en uno mismo», cuya desoladora ausencia se ha convertido de alguna manera en una virtud, incluso en una especie de potencia. La alegría procedía del reconocimiento de que algo estaba pasando, del repentino despertar de un sentimiento según el cual aquella la semivida escocesa había dejado de ser un triste sino, además de una confusa certeza que afirmaba que las cambiantes circunstancias podrían favorecer este cambio, rescatándolo de los confines del pedigrí y la repetición. En las oportunas palabras de Emma Rothschild, un nuevo mundo de «huérfanos», al que incluso un país arrinconado podía aspirar a pertenecer, estaba saliendo a flote. La globalización no hace desaparecer a todas las naciones, ni las convierte en igualmente pequeñas. Pero sí hace algunas permanente e irreversiblemente «más pequeñas» en el sentido de hacer imposibles los antiguos modelos de imperio y dominación. En el fon-

---

<sup>2</sup> N. Ascherson, *Stone Voices*, cit.

do, la razón es bastante simple: en la nueva dimensión global, no sólo hay más perros mestizos que perros de raza (lo que por otra parte siempre ha sucedido), sino que los primeros no pueden dejar de adquirir voz y presencia. Se está produciendo, por lo tanto, un proceso de calentamiento democrático paralelo al de calentamiento global. Y sobre estas bases, el «antiglobalismo» no supone un opuesto sino una modificación tanto de la globalidad como de las sociedades diferenciadas pero abiertas que convierten en tolerable lo global. El problema era el «-ismo», no la apertura.

Y los nuevos huérfanos pueden ser particularmente útiles en el proceso de formulación de esta tesis. En su relato sobre los orígenes de la Escocia moderna, Fry incide en varias ocasiones en el interesante hecho de que en 1706-1707 los parlamentarios escoceses contrarios a la Unión no argumentaron en pro de la conservación y protección del pedigrí, o a favor de la construcción de nuevas barreras. Por el contrario, algunos reivindicaban un comercio libre, con igual trato y apertura de mercados, y otros una solución similar a la de las provincias unidas de los Países Bajos, percibiendo ambos que la conservación de la identidad nacional era necesaria para generar dichas respuestas. La Unión, por su parte, demandaba algo más simple: la «incorporación» (constante consigna para sus partidarios). Esto es, la consolidación de la diversidad en el marco de un sistema cada vez más exitoso y cuasi mercantilista consistente en la imposición armada de leyes a la medida de *su* liderazgo, prosperidad e imperio.

*The Union* describe ese proceso, y termina por argumentar que es el momento de que nuestro pequeño país se desincorpore. Los auténticos mestizos estarán de acuerdo con Fry en esta idea. También hay sitio para una redefinición más general y teórica de lo que puede ser denominado la escala de «lo nacional». Tras un largo periodo, vinculado al nacimiento de la industrialización y a la difusión del comercio global, durante el que lo grande era de alguna manera lo mejor la globalización puede haber inaugurado otra etapa en la que lo pequeño es, si no mejor, si al menos igual de bueno (y en ocasiones con ventajas sobre lo otrora importante, el poder muscular y el apego a la tradición). La época de los culturistas ha terminado, al igual que lo hizo la de los dinosaurios; la del *fitness* de los pequeños mamíferos está en pleno proceso de constitución. ¿Es realmente sorprendente que el Reino Unido debiera ser un lugar privilegiado en el que todo esto suceda?